

Rincón del memorialista: fragmentos de un contemporáneo

San Gervasio.—Nuestra nueva casa era una torre en la Bonanova, próxima a la iglesia de este nombre. Estaba situada en la calle de Garriga, hoy parte alta de la calle de Muntaner, y constaba de dos pisos, sótano y jardín. Sobre su terrado superior se levantaba una torrecilla en cuyo mástil izaba mi padre la bandera española los días festivos. Desde esa torrecilla se dominaba la perspectiva de la ciudad, del mar y de la montaña de Montjuich, coronada por su castillo. También, más próxima, nos acechaba a nuestra espalda, la oscura sombra del Tibidabo con su alta torre de las Aguas.

La casa en su fachada principal tenía un balcón saliente sobre la puerta de acceso, y varias altas ventanas con baranda de hierro. Detrás un pequeño jardín, del que recuerdo una decadente palmera y un cenador cubierto de tojo, y las plantas y hiedras que escondían las altas paredes que lo cerraban. Una escalera bajaba desde la galería de la planta principal hasta el jardín, y sobre la terraza del segundo piso, una balaustrada, igual a la del terrado, sobremontada por unos pináculos de piedra, que un día vi cómo mi padre los hacía motivo de uno de sus dibujos, que tan magistralmente sabía hacer.

Se entraba en la casa por un amplio pasillo que la dividía por su eje central, quedaba a su derecha la biblioteca y la escalera que subía al piso superior y frente a ellas el salón de recibo, al fondo estaba el comedor y la galería cubierta que se asomaba al jardín. Arriba los dormitorios, y un baño estilo romano en el que la pila, bastante amplia, estaba a ras del suelo y había que descender a ella para bañarse.

Vivíamos en la casa la familia y el servicio. Además de mis padres, mis hermanos mayores Juan y Trinidad y mi hermana Isabel, más tarde nació allí el quinto hermano, Rafael. También vivía con nosotros y murió en esa casa, una tía de mi padre, Asunción Ballester y Bernal, viuda y gemela de Montserrate, que en casa de nuestros primos los Coll, vivió más años. Estas dos hermanas eran los últimos vástagos de una numerosa y señorial familia de Lorca, de la que había sido cabeza mi bisabuelo D. Joaquín Ballester, de procedencia aragonesa y solar en la Villa de Brea, próxima a Calatayud.

Durante los tres años que vivimos en la Bonanova, separados de la ciudad por una zona de campos yermos y unidos a ella por una línea de tranvía que llegaba hasta un par de cientos de metros de nuestra casa, mi imaginación ya debía estar despierta, pues son muchos los recuerdos que me quedan de ese tiempo que allí vivimos. En cambio, el escenario ha desaparecido, no queda ni la casa, ni la calle, ni la iglesia tal cual era.

Semana trágica (1909).—*De todos los acontecimientos que allí vivimos destacan por su importancia los correspondientes a los sucesos de la llamada Semana trágica de Barcelona en julio de 1909. La visión de las grandes hogueras que divisábamos desde la torreta de casa, producidas por los incendios de iglesias y conventos de la ciudad que en gran número ennegrecían con su humo el cielo de Barcelona, ha quedado permanentemente grabada en mi recuerdo, como una premonición de otros posteriores sucesos en los que yo habría de verme sumergido como uno de los protagonistas.*

La historia de Barcelona durante los primeros cuarenta años del siglo ha sido una escalada constante de hechos sangrientos y alteraciones del orden que se superaban en importancia y expansión al compás del paso de los años. Durante los días de aquella semana, previo el necesario acopio de alimentos, en cuanto se iniciaron los sucesos, permanecemos encerrados en casa, a la que llegaron también refugiados dos religiosos del Colegio de La Salle, del que ya eran alumnos mis dos hermanos mayores. Como recuerdo de esta hospitalidad nos fue enviado más tarde un grabado de San Juan Bautista de La Salle que por mucho tiempo figuró en nuestro dormitorio.

Memorable fue el estrepitoso galopar de unos caballos al pasar por nuestra empedrada calle, montados por unos guardias con casco y sable en mano, que después supimos iban a llevar un parte al Gobernador Civil, Ossorio y Gallardo, que abandonando su residencia se había refugiado en una torre de la Avenida del Tibidabo. Los rumores o noticias de incendios, saqueos o muertes de monjes y frailes, llegaban atemorizándonos, y más cuando mi padre había salido hacia Barcelona, haciendo el largo camino a pie; esperábamos con ansia su regreso.

* * *

(...) A raíz de esta gran operación y de sus resultados, el esfuerzo militar se iba a llevar hacia el sur de la zona en los límites con la Zona Francesa, en donde enlazaríamos con las fuerzas procedentes

de Melilla y Alhucemas. Nosotros íbamos a ir a las inmediaciones de Xauen. Para ello nuestra Columna debía ocupar previamente la Zauía de Sidi Isef el Tilidi, y salvando la cerradísima cadena montañosa de Summa, bajar a la zona de Tetuán, hasta Dar Acoba y Xauen.

Una difícil papeleta (1926).—La vispera de la salida hacia la Zauía supe que me habían adjudicado el engorro de escoltar y trasladar hasta allí todo el equipaje, bagajes y personal auxiliar del Cuartel General, y que debía hacerlo por mi cuenta y sin seguir la Orden de Marcha de las fuerzas, que supuse llevarían un recorrido de acuerdo con las exigencias de seguridad a que obligara el terreno. Suponía que amparado a mi derecha por nuestras fuerzas, mi izquierda a medida que más me aproximara quedaría guardada por las procedentes de Larache. El hecho es que había muchos kilómetros que hacer, que el terreno era enormemente montañoso y quebrado, cubierto en gran parte de arbustos y maleza casi virgen, y que yo debía llegar con los trastos que me habían confiado, antes de que se hiciera de noche. Lo primero que hice fue buscarme un guía y fiarme de él, era un moro silencioso y buen andarín que no recuerdo de donde saqué, y sí que todo el camino vino andando al pie de mi estribo.

El día D, salimos tan pronto el cargado de las acémilas lo permitió. Con todo lo que había que llevar, calculo que serían unas cuarenta o cincuenta en total, más el ganado de mi Sección, se acercaba al centenar el número de cuadrúpedos que había que mover, y un número igual el de bípedos que habíamos de lograrlo. Puesto yo al frente de la expedición, con el moro a mi costado y la Sección repartida entre vanguardia y retaguardia, salimos por un caminejo que a juicio del moro acertaba, y que no era el mismo de la Columna en marcha, que me hubiera obligado a sujetarme a su velocidad y paradas. Después de varias horas de marcha bajo un sol que ya pesaba, empezó a notarse la sed, sobre todo en los acemileros y los que marchaban a pie; en los charcos que encontrábamos al paso los más sedientos se abrazaban a ellos y poniendo un pañuelo o trapo extendido en el agua estancada, bebían sobre ellos utilizándolos como un muy poco convincente filtro.

El sol estaba ya descendiendo en su curva diaria, cuando alcanzamos un puerto en la divisoria de la cadena montañosa, tras del cual se iniciaba también el descenso en busca de la Zauía. Al llegar a él me encontré con que mi camino era cortado por las tropas que seguían el que tenían asignado. Se me presentaba un problema no fácil como es el cruce de dos Unidades en recorridos distintos, y más en

éste, que quienes me cerraban el paso eran los de una Batería de Montaña, cuyo Capitán, legalista y reglamentario, se opuso con orgullo artillero a que yo interrumpiera su marcha si no era portador de una orden por escrito que me avalara, pues así lo disponía el Reglamento de su Arma. Después de una inútil discusión, y viendo que yo no podía esperar a que pasara toda la columna, decidí resolver la cuestión a la brava, dando a los Legionarios la orden de «P'alante», y naturalmente ante ello y ante ellos conseguimos vernos con toda la impedimenta al otro lado.

Ya en el descanso hacia el otro valle en donde según mi guía encontraríamos nuestro punto de destino, observé que la larga hilera de tropas marchaban alejándose de mi dirección, siguiendo caminos por las alturas de montes que yo veía lejanos. Tuve que resolver una insidiosa duda, cabía en lo posible que el guía me estuviera engañando y me llevara a determinado lugar en donde caer en una emboscada, cosa no difícil por lo abrupto y agreste del terreno, aunque ello había de ser causa de su muerte inmediata, y por otra parte a juzgar por lo que yo veía, sí podía creer que nuestra dirección era buena. No así el camino, que no merecía ese nombre, en rápido descenso, con una peligrosa barrancada a la izquierda y grandes piedras y matorrales que dificultaban en extremo el paso de las abultadas cargas de las acémilas. Me decidí seguir y hacerlo con la mayor rapidez posible pues la tarde iba declinando tras las sombras de los oscuros montes de nuestra derecha.

Gracias a la extraordinaria yegua que montaba, la Odessa, acudía a todas partes a fuerza de saltos y galopes, era una verdadera delicia. Una de las veces que miraba hacia atrás para ver si todo iba bien, mi sorpresa fue cuando me di cuenta de que una parte del convoy rompiendo la dirección de marcha que llevábamos, se estaba dirigiendo hacia el barranco por una estrecha senda que hacia allí conducía. A galope como el rayo, y con la fusta amenazadora en la mano me lancé para ver quién era el loco que se atrevía a hacer tal cosa. Resultó que un hombrecito gordo y redicho, Suboficial de Oficinas Militares, que iba con los bagajes del Cuartel General, por su cuenta, creyendo que íbamos equivocados y en vista de que yo no participaba de sus preocupaciones, había decidido largarse con todos sus elementos tratando de unirse a las lejanas tropas de la Columna. A punto estuve de arremeter a palos contra él, pero me contuve, bastaron mis gritos y exabruptos, para que todo volviera a su sitio. Le dije que se largase si quería, pero solo. Cosa que no se atrevió a hacer.

Al regresar después al galope hacia mi puesto, pensando en la aventura en que estaba metido, de pronto me di cuenta por una sensación que tuve, de lo mucho que había corrido ese día, y de la complicación en que estaba metido. Si me había perdido, por equivocarme en la elección de itinerario, dada la importancia de las cargas que llevaba, mi fracaso era completo, y peor aún si caía en una trampa y perdía parte de ellas o de la gente a mis órdenes.

Pero por suerte, como el día, íbamos llegando al fin de nuestra jornada. Al asomarnos al valle tras un mogote vi las pálidas paredes de aquel lugar de oración y estudio levantado muchos años atrás en honor del antiguo viajero a la Meca, Sidi Mohamet el Tilidi. Despedí al moro, que premié con algún dinero, y fuíme a nuestro ansiado objetivo. En efecto a medida que me acercaba iba viendo la presencia de tropas nuestras ya acampadas. Allí estaba el General Berenguer y allí hice entrega de mi servicio «sin novedad».

Estaba también el resto del Escuadrón que con los Generales había salido mucho antes que yo, pues habíamos tenido que esperar su salida, para completar la carga de nuestro convoy. Gran parte de la Columna, la que yo veía, se había desviado por otro camino y tardó varias horas de la noche en llegar. Si me hubiera dejado influir por las apariencias, también yo hubiera sufrido ese gran retraso, y hubiera dejado al Mando sin lugar donde alojarse.

A los dos días por una zona muy cerrada y difícil, los montes Sumna, en donde no hacía mucho yo había leído que había sido visto un león y se habían encontrado restos de sus depredaciones, llegamos a tierras próximas a Xauen, a Dar Acoba, en la carretera que allí va a Ben Karrik y Tetuán.

EL AUTOR:

José María ORTEGA COSTA (n. Barcelona, 1905), vocación de militar, eligió el Arma de Caballería. Ingresado en la Academia de Valladolid obtuvo su primer destino en la guarnición de Barcelona, en el Regimiento de Dragones de Numancia, llevado en parte a Marruecos. Allí permaneció con estrellas de Teniente durante varios años, participando en operaciones de pacificación del Protectorado.

Ofrecemos una simple muestra de la primera parte de *Mi vida en el recuerdo*: imágenes de niñez y un episodio de juventud que reflejan el contenido de estas memorias privadas, de alcance familiar. Se ha señalado que tal género es menos frecuente en nuestra literatura, en comparación con la de ingleses y franceses; por eso, nos complace traerlo a nuestras páginas. En estos años azarosos, la carrera del militar prosigue; será Coronel de aquel mismo Regimiento, y ascendido a General, Gobernador Militar de Jaén, después de Santander, hasta alcanzar el grado de General de División.